

El viaje

Mariana Creo

Una nostalgia rabiosa lo había sorprendido en la soledad de su despacho. El viejo, navegando por el mar de los recuerdos, olvidó por un instante que era un empresario a punto de retirarse, y se vio a sí mismo como el joven inmigrante que había sido alguna vez.

Vio el barco que lo había llevado a la tierra prometida, vio la desolación de la pieza de inquilinato, vio las noches negras en las cuales deseaba abandonarlo todo y vio la aldea natal, donde su familia trataba de ahuyentar el fantasma de la posguerra con las monedas que él, una sobre otra, había acumulado trabajosamente en la cajita de madera lustrada de la abuela.

Se enorgullecó de poder recordar cada rostro y cada nombre, a pesar de los años que habían pasado; pero, a medida que se aproximaba a la fecha de la fundación de la empresa con la que tanto había soñado, comenzó a vacilar.

Aterrizó sin escalas en el presente más hostil y, sumido en las tinieblas de la decadencia, tampoco pudo precisar el momento en que sus hijos habían tomado el control de la empresa y lo habían relegado, al punto de convertirlo en una mera sombra en las reuniones de directorio.

Lo invadió, entonces, la atroz certidumbre de que no podía recordar qué había sucedido durante ese tiempo muerto que su mente salteaba, ese enorme paréntesis que encerraba la zona gris de una memoria más esquiva que nunca.

Comprobó que no hallaría refugio en ningún recodo de su existencia, evocada o vivida, pasada o futura. Y se consoló pensando que, en caso de no ser capaz de descifrar esa ecuación, al menos recordaba el principio de la historia y podría reescribirla, acumulando trabajosamente moneda sobre moneda en la cajita lustrada de la abuela.

No se supo más de él. Lo buscaron, lo dieron por muerto y lo volvieron a buscar. Lo confundieron con un loco en el hospicio, con un pordiosero en la calle y con un moribundo en el hospital. Se habló de traición y de estafa, porque el día de su desaparición también se evaporó el contenido de la caja fuerte de la empresa.

Entre tantos testigos, creyó haberlo reconocido subiendo a un barco con destino a Europa un oficial del puerto, curiosamente atraído por ese pasajero que cargaba por todo equipaje con una cajita de madera lustrada.

